

CAPÍTULO 12

La omnipotencia de Dios

Padre nuestro celestial, te hemos oído decir: "Yo soy el Dios Todopoderoso; camina delante de mí y sé perfecto". Pero a menos que Tú nos capacites con la inmensa grandeza de Tu poder, ¿cómo podremos nosotros, que somos por naturaleza débiles y pecadores, caminar de una manera perfecta?

Concédenos que aprendamos a aferrarnos a la obra de la fuerza poderosa que actuó en Cristo cuando

Tú lo resucitaste de entre los muertos y lo pusiste a tu diestra en los lugares celestiales. Amén.

En el momento de su visión, Juan el Revelador oyó como la voz de una gran multitud y como la voz de muchas aguas y como la voz de poderosos truenos que resonaban por todo el universo, y lo que la voz proclamaba era la soberanía y la omnipotencia de Dios: "Aleluya: porque el Señor Dios omnipotente reina.

Soberanía y omnipotencia deben ir juntas. Una no puede existir sin la otra. Para reinar, Dios debe tener poder, y para reinar soberanamente, debe tener todo el poder. Y eso es lo que significa omnipotente, tener todo el poder. La palabra deriva del latín y es idéntica en significado a la más familiar *almighty* que tenemos del anglosajón. Esta última palabra aparece cincuenta y seis veces en nuestra Biblia inglesa y nunca se usa para nadie más que para Dios. Sólo Él es todopoderoso.

Dios posee lo que ninguna criatura puede poseer: una plenitud de poder incomprensible, una potencia que es absoluta. Esto lo sabemos por revelación divina, pero una vez conocido, se reconoce que está en pleno acuerdo con la razón. Si se admite que Dios es infinito y autoexistente, se ve enseguida que también debe ser todopoderoso, y la razón se arrodilla para adorar la omnipotencia divina.

"El poder pertenece a Dios", dice el salmista, y el apóstol Pablo declara que la naturaleza misma da evidencia del poder eterno de la Divinidad (Rom 1:20). De este conocimiento razonamos a la omnipotencia de Dios de esta manera: Dios tiene poder. Puesto que Dios también es infinito, todo lo que tiene debe ser ilimitado; por tanto, Dios tiene un poder ilimitado, es omnipotente. Vemos además que Dios, el Creador autoexistente, es la fuente de todo el poder que existe, y puesto que una fuente debe ser al menos igual a todo lo que emana de ella, Dios es necesariamente igual a todo el poder que existe, y esto equivale a decir de nuevo que es omnipotente.

Dios ha delegado poder en Sus criaturas, pero siendo autosuficiente, no puede renunciar a nada de Sus perfecciones y, siendo el poder una de ellas, nunca ha renunciado a la más mínima pizca de Su poder. Él da, pero no regala. Todo lo que da sigue siendo suyo y vuelve a Él. Para siempre debe seguir siendo lo que siempre ha sido, el Señor Dios omnipotente.

No se puede leer durante mucho tiempo las Escrituras con simpatía sin darse cuenta de la radical disparidad entre la perspectiva de los hombres de la Biblia y la de los hombres modernos. Hoy padecemos una mentalidad secularizada. Donde los escritores sagrados veían a Dios, nosotros vemos las leyes de la naturaleza. Su mundo estaba totalmente poblado; el nuestro está casi vacío. Su mundo estaba vivo y era personal; el nuestro es impersonal y está muerto. Dios gobernaba su mundo; el nuestro está gobernado por las leyes de la naturaleza y siempre estamos alejados de la presencia de Dios.

¿Y cuáles son esas leyes de la naturaleza que han desplazado a Dios en la mente de millones de personas? La ley tiene dos significados. Uno es toda regla externa impuesta por la autoridad, como la regla común contra el robo y el asalto. La palabra también se usa para denotar la manera uniforme en que las cosas actúan en el universo, pero este segundo uso de la palabra es erróneo. Lo que vemos en la naturaleza son simplemente los caminos que el poder y la sabiduría de Dios siguen a través de la creación. Se trata de fenómenos, no de leyes, pero las llamamos leyes por analogía con las leyes arbitrarias de la sociedad.

La ciencia observa cómo opera el poder de Dios, descubre un patrón regular en alguna parte y lo fija como "ley". La uniformidad de las actividades de Dios en Su creación permite al científico predecir el curso de los fenómenos naturales. La fiabilidad del comportamiento de Dios en Su mundo es el fundamento de toda verdad científica. Sobre ella descansa el científico su fe, y de ahí pasa a lograr cosas grandes y útiles en campos como los de la navegación, la química, la agricultura y las artes médicas.

La religión, en cambio, se remonta a la naturaleza de Dios. No se interesa por las huellas de Dios en los caminos de la creación, sino por Aquel que los recorre. La religión se interesa ante todo por Aquel que es la fuente de todas las cosas, el maestro de todos los fenómenos. Para este Uno la filosofía tiene varios nombres, el más horrendo que he visto es el suministrado por Rudolph Otto: "El absoluto, la gigantesca y nunca descansada tensión activa del mundo". El cristiano se deleita recordando que esta "tensión del mundo" dijo una vez "YO SOY" y el más grande maestro de todos ellos ordenó a Sus discípulos que se dirigieran a Él como a una persona:

"Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre". Los hombres de la Biblia comulgaron en todas partes con este "gigantesco absoluto" en un lenguaje tan personal como permite el habla, y con Él caminaron profetas y santos en un rapto de devoción, cálida íntima y profundamente satisfactoria.

La omnipotencia no es un nombre dado a la suma de todo poder, sino un atributo de un Dios personal que los cristianos creemos que es el Padre de nuestro Señor Jesucristo y de todos los que creen en Él para vida eterna. El hombre adorador encuentra en este conocimiento una fuente de maravillosa fuerza para su vida interior. Su fe se eleva para dar el gran salto hacia arriba, hacia la comunión con Aquel que puede hacer todo lo que Él quiere hacer, para quien nada es duro o difícil porque Él posee el poder absoluto.

Puesto que Él tiene a Su mando todo el poder en el universo, el Señor Dios omnipotente puede hacer cualquier cosa tan fácilmente como cualquier otra cosa. Todos Sus actos se realizan sin esfuerzo. No gasta energía que deba ser repuesta. Su autosuficiencia hace innecesario que Él busque fuera de Sí mismo una renovación de fuerzas. Todo el poder requerido para hacer todo lo que Él quiere hacer yace en plenitud no disminuida en Su propio ser infinito.

El pastor presbiteriano A. B. Simpson, cercano a la madurez, quebrantado de salud, profundamente abatido y a punto de abandonar el ministerio, escuchó por casualidad el sencillo espiritual negro,

Nada es demasiado difícil para Jesús, Ningún hombre puede trabajar como Él.

Su mensaje llegó como una flecha a su corazón, portador de fe, esperanza y vida para el cuerpo y el alma. Buscó un lugar donde retirarse y, tras una temporada a solas con Dios, se levantó completamente curado y salió lleno de gozo a fundar lo que desde entonces se ha convertido en una de las mayores sociedades misioneras extranjeras del mundo. Durante treinta y cinco años después de este encuentro con Dios, trabajó prodigiosamente al servicio de Cristo. Su fe en el Dios del poder ilimitado le dio toda la

fuerza que necesitaba para seguir adelante.

*¡ Todopoderoso ! Me inclino en el polvo ante Ti; Incluso así se inclinan
los querubines velados;
Con devoción tranquila y sosegada Te adoro, amigo omnisapiente y
omnipresente Tú diste a la tierra su manto de esmeralda, o la
cubriste de semilla;
Y el brillante sol, y la suave luna en el cielo, Ante Tu presencia se inclinan.
Sir John Bowring*